

María José Cortés / José María Carnero

AHORA

Prólogo: Ana Montojo



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE POESÍA, n.º65—
MADRID • MMXVI

De la obra © MARÍA JOSÉ CORTÉS / JOSÉ MARÍA CARNERO

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Del prólogo © ANA MONTOJO
Ilustración de cubierta © ELENA RAY
Fotografías de los autores en solapas © LAURA LEN

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento
y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por
método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Diciembre 2016
I.S.B.N: 978-84-946262-6-5
Depósito legal: M-42441-2016

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

EL AMOR HECHO VERSO

Ana Motojo

Me piden María José Cortés y José María Carnero que escriba un prólogo para su historia de amor, como si no lo hubieran escrito ya ellos, página a página, durante todo su recorrido vital, el que transitaron solos, cada uno por su lado, antes de encontrarse en aquel parque. Ya lo dijo él, como en una premonición, hace ocho años: *Un tiempo que no entiende de ansiedades, ni de afanes que escapan de un abismo donde todo lo bello se marchita. Pero ellos no cesaron en su empeño, y juntos, apoyados uno en otro, con sus manos enlazadas se marcharon a apurar su tristeza sorbo a sorbo.* (J.M. Carnero *Último día en el parque.* 2008).

Puestas así las cosas ¿qué más puede decir una? Solo puedo mirar, deslumbrada, como un vergonzante voyeur, la explosión del amor hecho poesía. O de la poesía hecha amor, pues no sé muy bien qué fue primero, ya que en AHORA, ambos conceptos se confunden.

A María José la conocía como poeta por esa joya plena de sensibilidad titulada *Cicatrices de asfalto* (Cuadernos del Laberinto, 2013), y a partir de entonces también como persona y como amiga. A José María le he conocido con motivo de este poemario, no porque su calidad poética no lo mereciera, sino por mi proverbial ignorancia, que da de sí lo que da de sí, y me hace perderme, seguro, a grandísimos autores. Afortunadamente ahora he tenido ocasión de leer su

Olor a nada (Vitruvio, 2015), una obra profunda, nostálgica y con un halo de tristeza muy distinto al estallido de vida y de esperanza que se desprende de sus poemas de *Ahora*.

Antes de entrar en el contenido de este libro, tengo que decir que su lectura me confirma en la idea de que no existe la poesía femenina como un subgénero de la Poesía, con mayúscula, que es lo que a veces parecen querernos vender desde algunos sectores. Existe la poesía excelente, buena, mediocre o definitivamente mala, sin que en ello influya el sexo de quién la escribe. Y en este libro, tanto los poemas de ella como los de él, me atrevo a decir que pertenecen a la primera categoría, desde el punto de vista formal, de ritmo y musicalidad, y desde el fondo de los poemas, profundos, tiernos, vitales, cargados de un erotismo insinuado y tamizado por el cedazo de un amor que trasciende la piel para entrar en los abismos de dos soledades que se encuentran y se sorprenden inesperadamente, *cuando todo parecía ya pasado/y mi vida zanjaba sus anhelos* (J.M. Carnero) *Ahora que hemos descubierto este tiempo nuestro sabido olvidado reencontrado/dejémosle habitarnos a pie de tacto* (M.J. Cortés).

Hay varias ideas básicas que me sugieren estos versos, pónganlas ustedes en el orden que gusten. Una de ellas es que la edad no existe como una sucesión de años, sino que los seres humanos maduramos en función de lo que nos haya vapuleado la vida, independientemente del tiempo. Y entre estos dos poetas, entre este hombre y esta mujer, no hay diferencia de edad porque la vida, con sus vapuleos, se ha encargado de acercarlos. Lo proclama María José y tiene razón: *Ahora que me has tocado/con tu mirada profunda más allá de las edades*. Las dos voces traslucen la conciencia del instante, el momento que viven y disfrutan, un *carpe diem*

gozoso que no les permite pensar en el futuro, *ahora que la luz transfigurada en carne nos ha reconocido no quiero ya perder jamás este presente*, proclama María José. A lo que asiente José María: *declinamos el ser tarde tras tarde/sin más razón que sernos/ese instante./Lo demás lo dejamos al destino*. La realidad y la ensoñación se mezclan, se entrelazan, se confunden en la expresión amorosa *Es... Ahora y solo aquí... donde reencuentro/la miel de aquellos ojos presentidos/cuando aún no eran más que un leve ensueño*, dice él entre el asombro y el convencimiento de que el momento es este.

A lo largo de todo el poemario nos encontramos con que el amor se hace palabra, se hace verso, se hace poema. Hasta el punto de que una no sabe si está ante una obra de metapoésía o de «metaamor», porque el amor y la poesía se retroalimentan en cada línea, en cada sílaba, confundándose y haciéndose la misma carne poética: *Soy el no ser vacío de la noche.../que surge de la nada trascendido, endecasílabamente...* (J.M.C.) *Ahora que me has tocado/al depositar un verso entre mis labios* (M.J.C.). Y ambos se reconocen, renacen en la mirada del otro: *Cubres de ámbar mi dedo/el ámbar que encontraste en mis ojos* (M.J.C.) *¡Estoy tan hecho a verme en tu mirada... que cuando no la encuentro, no soy nadie!* (J.M.C.).

Repetidas veces aluden los autores a su actividad poética y artística anterior a su encuentro, de manera que las *Cicatrices de asfalto* de María José se abren bajo el tacto de José María y vuelven a ser carne viviente: *repicando tus pasos en la tundra/de ese asfalto tan tuyo* (J.M.C.) *tacto que me descubre sobre las cicatrices del asfalto ahora tan nuestro* (M.J.C.), y en los cuadros de José María —que, además de poeta, es pintor— cobran vida los sueños que escondía su paleta, la piel de ella adquiere la textura, la luz y el color con

que la adorna el amor: *ahora que he descubierto el plural de mí guardado en el tacto de tus dedos pincel* (M.J.C.).

También en este poemario vuelve a aparecer esa pequeña perversión erótica del tacón de aguja que ya aparece en *Luvetia*, ese maravilloso poema en prosa de *Cicatrices* y que es una seña de identidad de la poesía de María José: *la noche el desafío de un tacón sobre las sábanas*.

En definitiva: este poemario es una impúdica y hermosísima exhibición del amor de sus protagonistas, que, como decía al principio, convierte al lector en un vergonzante y envidioso voyeur y por un rato le incita a creerse ellos, a ocupar esas sábanas, a interponerse entre ellos en el banco de ese parque. Pero al cerrar el libro comprende que todo ha sido un sueño, que ese amor hecho poesía es solo de ellos, de esos dos nombres —José María, María José— que se confunden y entrelazan hasta ser el mismo, de estos dos poetas enamorados que no pueden ni quieren esconder su amor, sino que lo proclaman orgullosos y enfebrecidos, porque saben muy bien que su momento es *Ahora*.

PREFACIO

A modo de premonición

Cuando una cosa que viviste despreocupadamente, al recordarla te hace llorar, es porque no te la contaste con atención, porque desperdiciaste parte de su mensaje...

Carmen Martín Gaité
(De «Los cuentos desde fuera»)

ÚLTIMO DÍA EN EL PARQUE

José María Carnero

Los ojos de la amada eran eternos, como el ámbar cuando el sol reverbera los primeros fulgores de la aurora, y sin embargo, la noche les cubría con su manto. Una noche de vértigos antiguos que tornaba de nuevo a ser inicio. Trémulo estreno de cuerpos que se encuentran más allá del confín de la esperanza que, como la tierra ávida del agua, se vuelve moldeable entre las manos. Manos de artistas que ya vienen de vuelta del efímero tacto de las cosas. Ella, dulce y quebradiza, como flor que se abre en primavera, alzaba su esbeltez igual que un lirio en medio de un barranco, consciente de su efímera existencia. Él, apenas un cielo sin estrellas, buscaba una razón para dejarse amanecer de nuevo.

Era intensa y limpia la noche, como presintiendo el pulso contenido de un misterio que se hacía eternidad de nuevo. Hasta el canto rumoroso de la fuente repitiendo sus nombres borboteaba sobre la dura piedra convertida en tálamo. No olía a rosas o a jazmines, Madrid no tiene olores definidos... olía a ella... a su temblor de novia. Sus labios se buscaron para hallarse en el fondo de un tiempo que no pasa. El agua se calló en aquel instante, mientras ellos —flotando sobre el aire— olvidados del mundo, se besaron... volviendo a adolecer.

¿Quién sabe el tiempo que pasó apenas sin rozar aquellos cuerpos? Al fin el presente es pasado incierto y todo

lo que toca se marchita... mas... al verles así, tan sin ser ellos, se hizo cómplice de su amor y dio un rodeo.

El alba fue llegando lentamente, agitando las hojas de los árboles. Ya nada fue lo mismo desde entonces, y el mundo se pintó de otros colores. Mas la vida es cruel con quien pretende arrebatarse al tiempo una limosna. Un tiempo que no entiende de ansiedades, ni de afanes que escapan de un abismo donde todo lo bello se marchita. Pero ellos no cesaron en su empeño. Eran niños jugando nuevamente, robándole a la vida cada instante, apurando los últimos destellos de un sol que declinaba con la tarde, ignorando la incoherencia del destino que les juntó esa última tarde en el parque.

Nadie supo con certeza lo ocurrido. Encontraron sus cuerpos enlazados, fundidos en el estremecimiento de un abrazo. Sus labios fríos unidos para siempre. Sus ojos entreabiertos se buscaban mutuamente en el fondo infinito de un abismo, donde sólo ellos dos están presentes... en una eternidad donde la vida ya no podrá jamás volver a herirles.

José María Carnero

Artículo del libro
«Por las verdes praderas de hojalata»
Septiembre, 2008

A H O R A

*Nunca sé despedirme de ti, siempre me quedo
con el frío de alguna palabra que no he dicho*
Luis García Montero

Ahora que me han visto tus ojos
oscuros profundos como puertas en la noche
ahora que han crecido mis piernas sobre las aceras
bajo haces escamas de otro siglo nunca vistos
ahora que han vuelto mis pupilas a contemplar los días
que se habían difuminado entre los dedos como pétalos.
Ahora que me han visto tus ojos
y he recuperado los pronombres
y mis pechos prometen ser la almohada de tus sueños
y el día nos regala la caricia hecha como de pan.
Ahora que me he visto en tus ojos
profundos oscuros como ventanas en la noche
me he reconocido en la mirada interrogante del espejo
en las venas que indican el camino de mis manos
en tus labios
ahora... ahora... ahora.

María José Cortés • Febrero 2016

A veces me miras con ojos de niña sorprendida
que no quiere saber si ha roto un plato.
Pero luego, amor... tus ojos se vuelven de mujer...
Entornados, desnudan su ansiedad...
y me trastornan.
Tu mirada... ácido lisérgico que abre
las puertas de la percepción
ausculta la noche a mis pupilas
y disloca mi alma.
Tus ojos cosquillean mi cuerpo
desvelan las farolas que se encienden
disipando la penumbra a mis sentidos.
Eres entonces...
mujer... cuando te miro
al borde del deseo que me aturde
y dejo de ser yo... por un instante
para ser sólo un punto en el espacio...
de este ahora del destino
presencia de este tiempo
escrito en las estrellas... simplemente...
rumoroso de besos y miradas.
Ahora es siempre, amor... eternamente
ahora... ahora... ahora.

Ahora que me has tocado
con tu mirada profunda más allá de las edades
y mi piel ha descubierto una sed desconocida
del tacto de tus manos en esta sed de ser sed.
Ahora que me has tocado
al depositar un verso entre mis labios
un roce de eternidad en mi mejilla
una promesa de futuro en mi cintura.
Ahora que me has tocado
con tu mirada profunda más acá de las edades
mi piel ha descubierto una sed adormecida
del tacto de tus dedos en esta sed de otro perfil.

Ahora, sólo ahora... me renace
la luz sobre las sombra de la tarde,
verdeciendo de esperanza
el susurro tal vez... de la palabra
que surge puesta en pie
sobre esa gris melancolía tan silente.
Es la voz... o... ¿quién sabe...?
Quizás la tenue levedad que pone el tiempo
al borde de la vida...
cuando todo parece ya cumplido.
Mas, escucho esa voz
que se alza desde el alma y me descubre
este ahora del ser
que dejé atrás olvidado
caminando tras la sombra
de mí mismo,
para gritarle a mi alma...
¡Que es ahora!... ¡Sólo ahora!

Ahora que has tocado mi alma con tu pupila noche
[transcendida
ahora que intento tocarte desde la luz que sueño
más allá de los cuerpos que nos contienen
más allá del beso... de la caricia tenue como de hoja.
Ahora que has tocado mi alma transcendida la pupila de la
[noche
ahora que me tocas desde el sueño que es luz
más acá del beso... del pétalo frágil como una caricia
ahora que el futuro es promesa del nosotros
te sueño más allá de tu cuerpo más aquí de mi piel.

Soy el no ser vacío de la noche...
que surge de la nada trascendido,
endecasílabamente... blanquecino y mustio,
buscando metafísicas al éter,
por ver donde le cuelgo una esperanza.
Soy quien no fue... tan sólo...
por no serlo en ese espacio, donde jamás me hallé.
Ahora me entero que soy,
y no sé cómo ponerme el personaje...
Ya ves... son las cosas que tiene
no haberse sido nunca.

Ahora que ha llegado la hora probatoria
donde la tarde se pone un broche de distancia
igual a la de entonces
donde por primera vez la eternidad se rompe.
Ahora que ha llegado la hora probatoria
mis ojos han preguntado por tu mirada
que deslía las ojeras que acunan las farolas
mis manos han preguntado por tus dedos
en un anticipo de contornos
mis labios han preguntado por el roce
de eternidad que guardan los tuyos en su ombligo.